



*Obispado de Neuquén
República Argentina*

Neuquén, 22 de marzo de 2026

Al querido pueblo neuquino:

50 años.

Se cumple un nuevo aniversario de uno de los días más tristes, dolorosos y trágicos de la historia argentina. Han pasado 50 años en los que venimos intentando comprender, analizar y aprender del misterio del corazón del hombre, como lo dice el profeta Jeremías, "**¿El corazón del hombre quién lo entenderá?**" (Jeremías 17, 9).

En todos estos años hemos hecho un gran esfuerzo colectivo para ejercitar y fortalecer la memoria, y así, con una mirada más profunda, crecer como pueblo.

En este caminar, reconozco y agradezco el testimonio valiente que la Diócesis de Neuquén ha ofrecido desde aquellos años de terror, de la mano del querido padre obispo Jaime De Nevares.

A pesar de que gran parte de la Iglesia argentina no estuvo a la altura de las circunstancias, y el miedo condicionó a muchos al silencio, algunos se animaron a no callar, a muchos les costó la vida y la Iglesia neuquina —formada por hombres y mujeres; obispo, sacerdotes, religiosas y laicos— supieron hacerse voz de los que no podían hablar. Acompañó a familiares de detenidos-desaparecidos, documentó denuncias, abrió sus templos como refugio y exigió, una y otra vez, verdad y justicia. Ese compromiso no fue un gesto aislado; fue parte de una opción evangélica por los más vulnerables, que sigue iluminando nuestro presente.

No dejan de golpear nuestro corazón, en este nuevo aniversario, los 30 mil desaparecidos, los niños y las niñas arrancados de sus familias, las Madres y Abuelas que convirtieron su dolor en lucha.

Hoy no podemos permitir que la defensa de los derechos humanos sea solamente parte del pasado: actualmente está viva en muchas situaciones que reclaman su defensa. Lo vemos todos los días en la invisibilización de los pobres, en la demanda de justicia social, en el reclamo del cuidado del agua y de nuestro medio ambiente, en la protección de los pueblos originarios, y en la construcción de una democracia que se sostenga en el diálogo y no sobre la violencia institucional.

50 años.

¡Cómo no recordar que apenas dos meses después del golpe militar, nuestro obispo Don Jaime escribía palabras que luego se hicieron públicas, y que hoy deberían llenarnos de orgullo, pero también de una gran responsabilidad ante los desaparecidos de hoy:

"La desaparición borra una existencia como si nunca hubiera existido. Ya no son casos aislados que parecen evidenciar una táctica estudiada de persecución, de amedrentamiento y humillación (...), estos abusos, arbitrariedades, y actitudes inhumanas forman parte de un plan, de un método, de una política." (Fuente: *La verdad los hará libres*)

La fidelidad a estos tiempos nos exige la valentía y la decisión de decir la verdad y trabajar sin cansarnos, renovando la esperanza, para alcanzar en todos los frentes una justicia humanamente tan anhelada.

Nuestro tiempo es hoy. Aquí y ahora.

Ya no hace 50 años.

La memoria que celebramos debe estar acompañada siempre de actos **heroicos** que nos animen, nos reconfiguren y nos conviertan en la búsqueda del bien común.

"Sufrir con el otro, por los otros, sufrir por amor de la verdad y de la justicia, sufrir a causa del amor y con el fin de convertirnos en personas que aman realmente, son elementos fundamentales de humanidad cuya pérdida destruiría al hombre mismo" (Benedicto XVI).

"La experiencia del pasado y de nuestro tiempo demuestra que la justicia por sí sola no es suficiente (...), si no se permite que ese poder más profundo, que es el amor, moldee la vida humana en sus diversas dimensiones." (DM, 12)

El 23 de marzo de 1976 la iglesia quedó abierta por decisión de Don Jaime, en el caso de que alguien tuviera que refugiarse ante la inminencia del golpe militar. Hoy, después de 50 años, volvemos a necesitar abrir no solamente las puertas del templo, sino también las puertas de nuestro corazón.

Siempre es tiempo de retornar a lo esencial para hacernos cargo de las dificultades y las necesidades de nuestros hermanos.

En las vísperas de un nuevo misterio pascual, recordando la muerte y resurrección de Cristo, quiero destacar que ***"la Cruz es como un toque de amor eterno para las luchas más dolorosas de la existencia terrenal del hombre."*** (DM,8)

"Padre, tenemos el deber de acordarnos ante Tí de aquellos hechos dramáticos y crueles.

Te pedimos perdón por los silencios responsables y por la participación de muchos de tus hijos en tanto desencuentro político, en el atropello de las libertades y la muerte absurda que ensangrentaron nuestro país.

Padre bueno, y lleno de amor, perdónanos y concédenos la gracia y la misericordia para refundar los vínculos sociales y de sanar las heridas abiertas de nuestra comunidad (CEA, 2000)". Ahora y siempre.




Fernando Martín Croxatto
P.O. de Neuquén